

EP[S]

EL PAÍS SEMANAL
Número 1.257
Domingo 29 de octubre de 2000

La española de las mil y una noches

La historia de Anita Delgado, que se convirtió en princesa de la India

Jerusalén intolerante

La ciudad sagrada para tres religiones se ha convertido en un laberinto de intolerancia y de odio

50 ideas para renovar la casa

Todas las novedades en decoración

Tejas, el feudo de George Bush

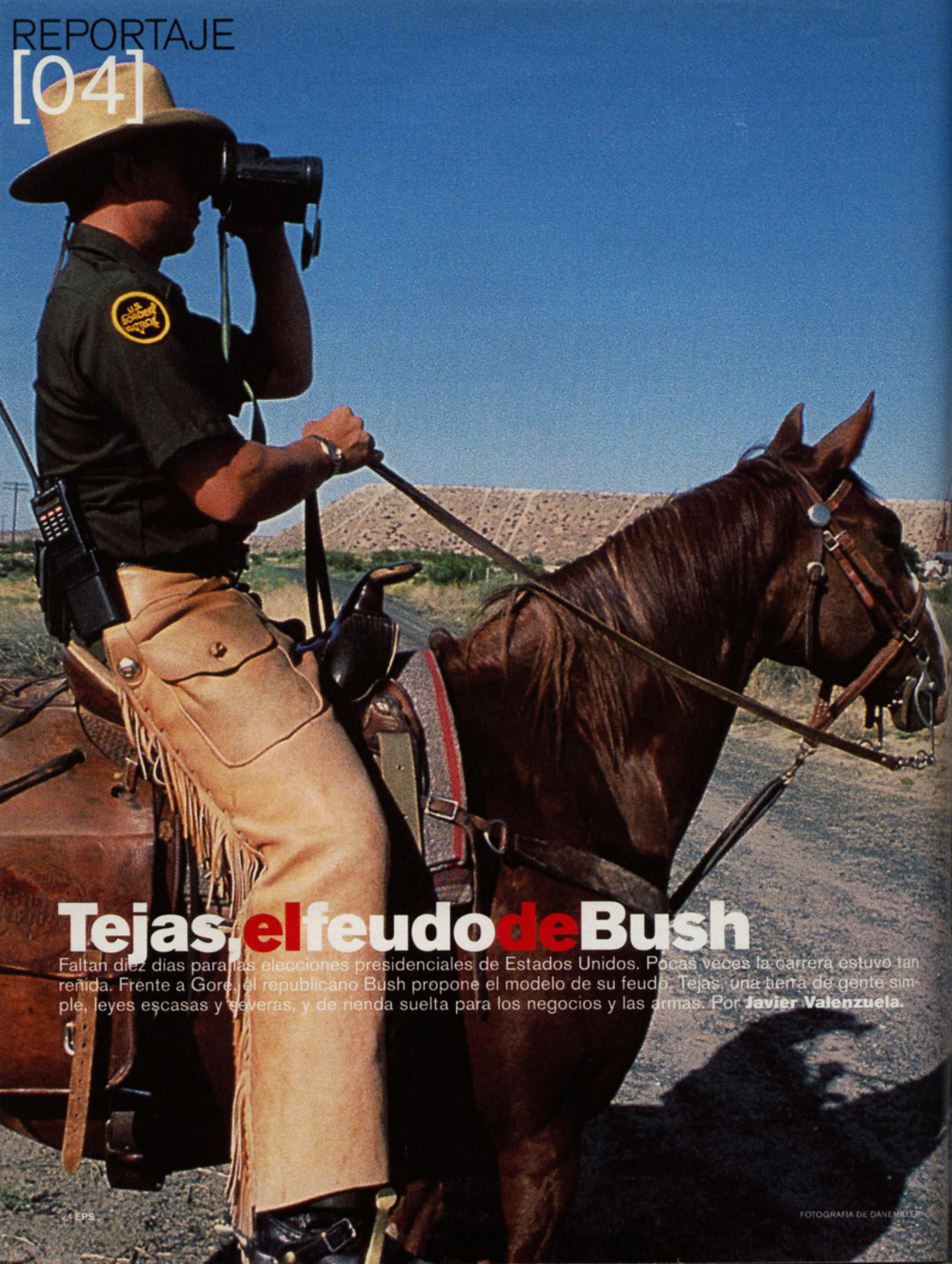
Viaje a la América profunda del petróleo y los 'cowboys'

& Trinidad Jiménez, la mano derecha de Rodríguez Zapatero. **La publicidad provocativa** de Oliviero Toscani. **Las mujeres** de las pateras. **Naturaleza sorprendente**, las mejores fotografías de animales. **Moda joven** con la actriz Marieta Orozco. Recetas con **frutos de otoño**. **Belleza** en la red. Las **técnicas orientales** del sexo. **Internet** sin hilos. **Pasatiempos**.

& Enrique Morente, retratado por Schommer. Artículos de **Maruja Torres**, **Manuel Rivas** y **Antonio Muñoz Molina**. El humor de **Maitena**.



El hombre más guapo del mundo



Tejas, el feudo de Bush

Faltan diez días para las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Pocas veces la carrera estuvo tan reñida. Frente a Gore, el republicano Bush propone el modelo de su feudo, Tejas, una tierra de gente simple, leyes escasas y severas, y de rienda suelta para los negocios y las armas. Por **Javier Valenzuela**.

Si en vez de notas hubiera tomado fotos, este reportaje sobre Tejas sería una sucesión de miradas directas a la cámara. En los polvorientos caminos de Waco, cuando, al volante de un coche alquilado, me perdí buscando el rancho de los davidianos, un abuelo sarmentoso bajó de la camioneta a la que yo había hecho señas para que se detuviera y, cargando en las manos un rifle Browning BL-22, me incrustó en los ojos una mirada que no era amenazadora, sino celeste, límpida y serena. El abuelo con el fusil en las manos preguntó con parquedad: "¿Necesita ayuda?".

Tardaré en olvidarme de aquella mirada y de muchas otras. En El Paso, donde el río Grande se convierte en un sucio hilo de agua, David Jackson se quitó las gafas ahumadas Sun Speed, las guardó en el bolsillo de la camisa de su uniforme de jefe de la Border Patrol, reposó su mano derecha en la pistolera, donde llevaba una Beretta del calibre 40, y, mirándome con infinito cansancio desde el azul de sus ojos, reflexionó: "Si yo estuviera del otro lado, también intentaría cruzar". Y en su estudio de San Antonio, el publicista Lionel Sosa, que llevaba bolígrafos y plumas en vez de armas, me penetró con sus ojillos oscuros y chispeantes cuando dijo: "A los 12 años decidí que no quería aceptar mi destino de mexicano pobre, decidí que quería ser millonario".

Pero sí, en vez de notas, yo hubiera

grabado música, este reportaje sonaría como *Mis héroes siempre han sido cowboys*, la canción de Willie Nelson. Emplearía su lacónico estilo vocal y su fluido rasgueo de guitarra para hablar de hombres duros y simples, mujeres bravas y hermosas, leyes escasas y severas, inmensas oportunidades, cielos velazqueños y tierras secas y erosionadas como el rostro del actor Tommy Lee Jones. Y si los olores pudieran transmitirse a través del papel, este reportaje tendría los tufoes entremezclados de la cerveza Colt 45 derramada en la barra de madera de una cantina de Waco, la carne de vaca achicharrándose en una barbacoa de Austin y el humo de las refinerías petroleras que asfixian Houston.

Tejas no es de esos lugares cuya esencia es difícil de captar, lugares que cuanto más los conoces, más se te escapan. Al contrario, es como las miradas de sus gentes, las canciones de Willie Nelson y sus fuertes olores: directo, translúcido y penetrante.

EL FOLCLOR NORTEAMERICANO. Muchos de los prototipos de EE UU los ha aportado Tejas: el 'cowboy', el astronauta y la patrulla de frontera -Border Patrol- (izquierda). A la derecha, 'barbies' de todo tipo en Houston, el perfil de rascacielos de esta ciudad y el gobernador, George Bush, y su esposa.

FOTOGRAFÍA DE GREG SMITH / LAURA CAMDEN



> te. He aquí un sitio que no tiene nada que ocultar, que te da de inmediato lo que vas buscando. En un restaurante de la ribera del río San Antonio, Bob Rivard, el director del diario local, lo resumió en una perfecta fórmula periodística: "Tejas es la frontera, y sus habitantes creen que éste es el último Estado que mantiene el espíritu de la verdadera América".

Tejas es en El Paso la frontera entre un país insolentemente rico como Estados Unidos y otro que lucha por despegar de la pobreza como México, y en el Space Center

aún de mucho espacio, lo que se refleja en que incluso en Houston el suelo y la vivienda son baratos con relación a la media estadounidense. Pero los tejanos tienen una irresistible tendencia a no compararse con el resto de los Estados norteamericanos, sino con el mundo. En mi viaje escuché una y otra vez fórmulas como "el quinto productor mundial de petróleo" o "la décima economía del planeta".

A los tejanos les gustan tanto los superlativos, que tuve la impresión de que mucha gente en Houston es feliz con el he-

petroleras. Es un paisaje de película de Mad Max: panzudos tanques de combustible, mecánicos ensortijados y chimeneas que vomitan densas columnas de humo blanco o apocalípticas lenguas de fuego. El olor es ácido, picante, insostenible. "Olor de la pólvora de los cohetes que truenan", dijo Wilmer Andrade, el taxista que me había acercado allí. Andrade, inmigrante hondureño, me dio un nuevo dato que incluir en el capítulo de los despropósitos estadounidenses: Pasadena, donde no está prohibido contaminar, es un distrito seco, o sea, que allí se castiga severamente la venta y el consumo público de alcohol.

Casi la mitad de la capacidad petrolquímica de Estados Unidos está concentrada en Houston, y se nota en la obscena exhibición de riqueza de esta ciudad de más de cuatro millones de almas, la más poblada del Estado y la cuarta de Estados Unidos. Si no fuera por una artificialidad obvia, sus flamantes rascacielos de cristal y acero, lujosos museos de arte contemporáneo —uno, diseñado por Rafael Moneo— y surtidos restaurantes étnicos superarían los de Nueva York, Chicago y San Francisco; por no hablar de su parque automovilístico, con un extraordinario porcentaje de Mercedes, BMW y Jaguar, los caballos purasangre de los nuevos *cowboys*. Descubierta en 1894, el oro negro sustituyó como primera fuente de riqueza tejana al ganado vacuno *longhorn*, aquellas reses de cuernos separados y descomunales que los vaqueros conducían a través de cientos de kilómetros. Con la película *Gigante*, interpretada en 1956 por James Dean y Elizabeth Taylor, Hollywood, que ya había hecho lo mismo con el *cowboy* en decenas de producciones, fijó en el folclor norteamericano el mito tejano del petrolero.



LA CULTURA DE LA CARNE. La carne de vaca achicharrándose en una barbacoa, los rodeos y los tipos de enormes cuerpos han definido la imagen de Tejas alrededor del planeta.

de Houston, la frontera entre la Tierra y la Luna. Entre uno y otro extremo, Tejas mantiene el hábito del Salvaje Oeste: un individualismo a ultranza que rechaza las intromisiones del Gobierno, una callosidad de revólver atemperada por una dulzura de vivir meridional, una neta separación de roles tradicionales masculinos y femeninos, y una gran posibilidad de triunfo a partir de la nada. Uno puede discrepar mucho de lo que dice su gobernador, George Bush, en su actual batalla por la Casa Blanca, pero es estúpido discutirle la veracidad de este pronunciamiento: "Tejas es una tierra donde los grandes sueños se hacen realidad".

Con 692.400 kilómetros cuadrados de extensión y 1.500 kilómetros de distancia entre sus dos extremos más alejados, Tejas es enorme, más grande que muchas naciones del planeta, incluida España. Habitado por 20 millones de almas, un cuarto de ellas de raigambre hispana, dispone

cho de que su ciudad haya desbancado a Los Ángeles como la primera metrópoli estadounidense en contaminación atmosférica. En 1999 hubo 38 días en que los niveles de *smog* de Houston superaron el nivel declarado peligroso para la salud humana por las autoridades federales de la Agencia de Protección del Medio Ambiente. En este otoño electoral, los enemigos de Bush utilizan este dato como símbolo del fracaso de la política medioambiental del gobernador de Tejas, si es que su actitud de no poner el menor freno a las industrias contaminantes, y en particular la petrolera, puede calificarse de política.

Circulando por la ruta 225 en dirección al norte, hay un momento en que, desde lo alto de un nudo de autopistas, uno ve a la derecha los rascacielos diseñados por I. M. Pei y Philip Johnson en el centro de Houston, y a la izquierda, las humeantes chimeneas de la zona conocida como Pasadena, donde se levantan las refineras de Mobil, Crown, Shell, Lyonde-Citgo y otras

"Todavía en los años ochenta, mucha gente de Houston te invitaba a olfatear el viento procedente de las refineras y decía con satisfacción: "Éste es el olor del dinero", me contó Surpik Angelini, directora de TransArt, una fundación privada de Houston consagrada a las relaciones entre el arte y la antropología. "Ahora", prosiguió, "empieza a haber inquietud por la contaminación, pero la ciudad sigue regida por los dueños de los pozos y las refineras, lo que yo llamo *oleogarquía*. Su filosofía es que las autoridades no deben inmiscuirse en los negocios, lo que explica también la incongruencia urbanística de Houston, la más disparatada de Estados Unidos". Planificación urbana es una palabra tan ajena al vocabulario de Houston como piedra para los condenados a muerte al gobernador Bush. Joven —poco fue construido antes de los años sesenta—, abierta, inmensa —en su término municipal caben Chicago, Filadelfia, Baltimore y Detroit— y destarta-

lada, la capital petrolera está orgullosa de lo que llama "Houston Size", el tamaño de Houston. Olivia Tallet, corresponsal de EFE en la ciudad, lo sintetizó así: "Pides una ensalada y te sirven un jardín".

Yo me había instalado en un hotel de Medical Center que me deprimía porque cada cuarto de hora salían de su puerta, en dirección a los múltiples hospitales de la zona, autobuses cargados con enfermos terminales de todo el mundo. Ese sentimiento había sido agudizado por una de mis excursiones fuera de la ciudad, una visita al *gulag* de Huntsville, a unos 100 kilómetros al norte. El día que fui a Huntsville, Ricky McGinn, violador y asesino de una chica de 12 años, se convirtió en el 145º preso ejecutado allí en los seis años de gobierno de Bush.

Con 12.000 reclusos en sus diversas prisiones, Huntsville vive de la privación de libertad y de la pena capital, y nadie lo oculta. La prisión donde el verdugo se hizo cargo de McGinn está en pleno centro, como lo está el Tejas Prison Museum, que exhibe los detritus del principal complejo carcelario de EE UU. Su principal atracción es la siniestra Old Sparky, la silla eléctrica en la que fueron carbonizados 361 condenados hasta que Tejas incorporó el método de la inyección letal.

Así que comenzaba a pensar que Houston no sólo es desangelada, sino también desalmada, cuando Surpik Angelini me

Del Salvaje Oeste, Tejas mantiene el individualismo a ultranza y una gran posibilidad de triunfo a partir de la nada

descubrió su vida *underground*, la de una ciudad multirracial y ya instalada en el siglo XXI. Una noche recorrimos West End, su barrio bohemio, empezando por una casa de Malone Street enteramente cubierta por latas de cerveza. Ésa, contó Angelini, fue la predecesora de las llamadas "casas de metal" de West End, viviendas unifamiliares de muros de zinc habitadas por artistas, profesionales y jóvenes millonarios de las pujantes industrias informáticas de un Estado que también es la patria de Texas Instruments y Dell Computers. Sombreada por robles, la más llamativa era una pagoda metálica de Feagan Street, donde acampaba una comuna de gente de teatro. El terreno había sido cedido a la comuna por un prominente abogado mafioso.

Fuimos luego al centro, que, como tantos en Estados Unidos, era por la noche una desolación de aparcamientos y centelleantes y vacíos edificios de oficinas. Pero allí, en el 314 de Main Street, palpaba Not-

suh, el local de Jim Pirttle, el animador de la escena alternativa de Houston. Notsuh es un antiguo gran almacén popular, una suerte de Sepu, convertido en bar, galería de arte y redacción del semanario *Houston's Other*. Me recibieron una veintena de tipos de todas las razas que hacían sonar tambores cubanos, lo que no parecía perturbar a otra gente que jugaba al ajedrez. Y con hospitalidad meridional, Pirttle me hizo visitar las dos plantas del local y hasta subirme al tejado. Allí dijo: "En esta ciudad sin historia y sin monumentos, todo es posible. Hay quien dice que Houston es la ciudad posmoderna por excelencia, otros citan su Funeral Museum y dicen que es la verdadera capital del surrealismo, y usted puede decir lo que quiera, que nadie le va a contradecir".

"On the road again", como reza la canción de Willie Nelson, la curtida estrella del *country* tejano, del que se cuenta que prefiere dormir en su autobús aunque esté aparcado delante de un hotel de cinco estrellas donde tiene reservada una lujosa *suite*. De nuevo en el camino, volando hacia San Antonio con SouthWest, lo que ya es una aventura. En esta compañía, la tarjeta de embarque no garantiza asiento fijo, las azafatas van en pantalones cortos, los pilotos emiten aullidos de rodeo cuando aterrizan y, la pasada semana, la tripulación y el pasaje de uno de sus vuelos mataron a palos a un viajero que se había puesto nervioso. Intenté, pues, minimi-

zarme y, ante la inminencia de El Álamo, repasé la historia de Tejas.

Tejas, donde se han forjado los mitos nacionales estadounidenses del *cowboy*, el *sheriff*, el barón del petróleo y el astronauta, está impregnada de hispanidad. Tras naufragar en 1528 en el golfo de México, el español Alvar Núñez Cabeza de Vaca fue el primer europeo que recorrió este territorio, y lo hizo de un modo maravilloso: convenciendo a los indios de sus poderes de magia y curanderismo. De sus peripecias nació la leyenda de las Siete Ciudades de Cibola y la Gran Quivira, una supuesta civilización india rebosante de metales preciosos. Ese El Dorado jamás fue encontrado, pero su búsqueda alimentó la colonización española de lo que hoy es el suroeste de Estados Unidos: Tejas, Nuevo México, Arizona y Colorado. Tras conquistar su independencia de España, México no pudo retener Tejas durante mucho tiempo. Liderados por Stephen Austin, los colonos anglos se rebelaron en 1835, y un puñado >

¿TE ATREVES A ENTRAR EN ESTA MANSIÓN?



YA A LA VENTA EN VIDEO

**INCLUYE
27 MINUTOS
ADICIONALES:
"CÓMO SE HIZO"**

DREAMWORKS
HOME ENTERTAINMENT



LA RIQUEZA DEL PETRÓLEO. Otro de los tópicos fijados desde 'Gigante'.

de ellos se encastilló en El Álamo, la misión de San Antonio, y se negó a rendirse a las tropas del general mexicano Santa Anna. Tras una resistencia numantina, los defensores de El Álamo fueron exterminados el 6 de marzo de 1836. Un mes y medio después, Santa Anna fue derrotado por el general Houston en San Jacinto, al grito, que aún resuena, de "Recordad El Álamo".

Es un paisaje de película de Mad Max, con chimeneas que vomitan humo o fuego y un olor ácido insoportable

Antes de incorporarse voluntariamente a Estados Unidos, Tejas fue independiente durante nueve años, lo que marcó para siempre su carácter.

"Al parecer, Tejas quiere decir amigo en la lengua de los indios caddo", me contaría en San Antonio Lionel Sosa. Y es curioso que la gente de esta tierra sea tan amistosa cuando también es ruda y violenta.

El pasado y el presente de Tejas están empapados de sangre: la del jefe comanche Quanah Parker, la del revolucionario mexicano Pancho Villa, la de los atacadores Bonnie y Clyde, la del presidente John F. Kennedy —asesinado en Dallas—, la de los 82 davidianos eliminados en Waco por el FBI, la de la cantante hispana Selena —abatida de un disparo por la presidenta de su club de fans— y, más recientemente, la del afroamericano James Byrd, arrastrado hasta la muerte por unos ebrios neonazis

[04] Tejas, el feudo de Bush

desde un *pick up*, esa robusta camioneta con la parte de atrás descapotada que constituye el vehículo tejanero por excelencia.

Tejas, donde el 60% de los hogares disponen de un arma de fuego, es un bastión de ese Estados Unidos de la Biblia y el fusil que pone los pelos de punta a los europeos, y también a muchos norteamericanos de Nueva York y California. Como la estrella solitaria de su bandera, esta tierra es egoísta, rechaza la mayoría de las leyes dictadas por el hombre y sólo acepta las de Dios, sobre todo la del ojo por ojo y diente por diente. Con el espíritu de pocos impuestos, mano ancha para los negocios, horca para los cuatros y espaldarazo viril para los amigos, Bush gobierna por amplia mayoría el Estado norteamericano de mayor tamaño después de Alaska. Y si no gana las elecciones del 7 de noviembre es porque la perspectiva de semejante *cowboy* en la Casa Blanca habrá asustado a decenas de millones de sus compatriotas.

"El tejanero no espera que el Gobierno le resuelva sus problemas, los solución el mismo", me dijo Lionel Sosa en su estudio de San Antonio, una antigua fábrica de pepinillos reconvertida a la alta tecnología. A los 61 años de edad, Sosa es el principal publicista hispano de Estados Unidos y un amigo íntimo del gobernador de Tejas. Su agencia

está realizando los anuncios en castellano de la campaña del candidato presidencial republicano, subrayando que comparte con los latinos "los valores del trabajo, la familia y la religión". De pelo corto y blanco como la nieve, ojos negros y vivaces tras unas gafas de ligero diseño italiano, rostro delgado y levemente picado de viruelas y movimientos elegantes de unas manos de pianista, Sosa me confirmó la veracidad de una historia que me habían contado sobre cómo decidió ser millonario.

"Era el año 1952 y mi padre, que trabajaba en una lavandería, acababa de traer a nuestra casa de San Antonio el primer televisor", dijo. "Lo encendimos y apareció la convención republicana, que elegía como candidato a la presidencia al general Eisenhower, un tejanero. Mi padre dijo: 'Lionel, nosotros no podemos votar por Ike, nosotros somos pobres y los republicanos son el partido de los ricos. Nosotros siempre

votaremos por los demócratas, que son el partido de los pobres'. Yo le dije: 'Es que yo no quiero ser pobre, yo quiero ser rico y votar republicano'. Y con esa idea me lancé a la vida".

Durante más de un siglo y medio, los mexicanos de San Antonio, más de la mitad de su millón de habitantes actuales, han vivido acobardados por el grito de guerra "Recordad El Álamo". "Mis padres y mis abuelos", rememoró Sosa, "tenían mentalidad de derrotados. No se les caían de la boca expresiones como 'Mande usted', 'Para servirle' y 'Con su permiso'. Me decían: 'Tenle mucho respeto a ese señor, que es americano'. 'Pero ¡qué carajo!', les respondía yo, 'nosotros también somos americanos; nosotros también debemos decir: yo puedo, yo voy a ganar, yo voy a ser multimillonario'. Ésos son los valores que Bush propone a los latinos, los valores del héroe americano de Tejas".

A tenor de los carteles, el héroe del mercado mexicano de San Antonio es más bien Pancho Villa. El español es indudablemente la lengua de este pintoresco espacio urbano, de muros pintados con vistosos colores, bombillas de feria, farolillos de papel y piñatas, restaurantes de tacos, tortillas, tamales, quesadillas y fajitas, y mariachis que, para mi delicia, cantaban *Granada, tierra soñada por mí*. Saliendo de allí, justo en la esquina de las calles de Santa Rosa y Dolores, topé con un edificio de una sola planta y fachada de ladrillo marrón, completamente anodino salvo por un letrero de neón que rezaba: "Jailbusters. Bonding Co.". El cartel precisaba que el local estaba abierto las 24 horas del día, todos los días de la semana.

Entré y me identifiqué ante el encargado, un tipo flaco que se llamaba Chuck McSpadden. Tenía los ojos desconfiados de un coyote, pero, muy a la americana, respondió directamente a una pregunta directa. Sí, Jailbusters era una firma de cazadores de recompensas. Sus principales clientes eran esas empresas de préstamos de fianzas omnipresentes en los juzgados norteamericanos. Cuando se esfumaba alguien que había conseguido la libertad provisional gracias a que un prestamista había depositado su fianza, los detectives de Jailbusters removían cielo y tierra hasta encontrarlo, ponerle las esposas, devolverlo al tribunal y recuperar el dinero. "El mundo es muy grande, pero nuestro porcentaje de éxito es del 75%", dijo McSpadden.

Como tantos hombres y no pocas mujeres de Tejas, McSpadden llevaba ▶

EN SPEYSIDE
HAY UN AMIGO
QUE JAMÁS TRAICIONA.



► sombrero vaquero, camisa con corbata de lazo, un cinturón con gruesa hebilla de plata y puntiagudas botas de cuero con filigranas geométricas y florales. El universo se reirá, pero Tejas, aunque el petróleo les ganara a las vacas y ahora los ordenadores le estén ganando al petróleo, sigue apegado a la estética de los *cowboys*, lo cual es otra herencia española. “España dejó aquí para siempre la cultura del caballo y el ganado vacuno, que comparten anglos y mexicanos”, me dijo en Houston Surpik Angelini. “Tendría usted que ver las pasiones que suscita el Livestock Show and Rodeo, que llena el Astrodome durante dos semanas cada febrero”.

No vi ningún rodeo, pero en Waco recorrí el Tejas Rangers Hall of Fame, un museo consagrado a esta fuerza estatal de policía, que labró su leyenda en el siglo XIX a base de descargar sus Colt en mexicanos e indios apaches y comanches, en los ratos libres dejados por las persecuciones a caballo de cuaterros y atracadores de bancos. Los Tejas Rangers son hoy un centenar de agentes y, aunque circulen en *jeeps*, siguen vistiendo botas y sombreros vaqueros. Ejercen como una especie de FBI en el Estado de la Estrella Solitaria, y su popularidad nacional es enorme, como lo prueba el éxito de la serie televisiva que lleva su nombre.

En Waco volví a visitar—ya había es-

pañol y su presente fuertemente mexicano. Recién llegado, Bob Rivard, el director del *San Antonio Express-News*, me llevó a El Álamo, el único lugar del Estado donde, como ordena un cartel colocado a la entrada, los tejanos están obligados a quitarse el sombrero. Pero en vez de entusiasmarse con la gesta de los independentistas tejanos masacrados por Santa Anna, el hispanófilo Rivard lo hizo con las huellas dejadas por los españoles: la solidez de los muros de piedra, la sabiduría del sistema de acequias y la sombra que daba un pacán dos veces centenario. En la tienda de recuerdos llamaban la atención los gorros de mapache a lo Davy Crockett.

Me despedí de San Antonio tomando una Corona en el Menger Bar. Está forrado de madera, lo domina una cabeza de alce y, como en la gran mayoría de los establecimientos tejanos, se puede fumar a placer. Un día de 1898 entró en Menger Bar un neoyorquino bajito y miope que reclutaba voluntarios para la guerra de Cuba contra España. Dijo: “Necesito unos cuantos hombres que sepan cabalgar un caballo, disparar un fusil y quieran servir a su país”. Así nació la unidad de caballería de los Rough Riders, y así aquel neoyorquino, que se llamaba Teddy Roosevelt, comenzó una carrera que le convertiría en el primer presidente de

de 1971 y estaba a seis meses de la jubilación. Era un tipo de pelo y mostacho entrecanos, rostro sanguíneo y una gran tripa. Su uniforme era verde oliva, y su pistola, una Beretta. Mascaba chicle mientras facilitaba datos con eficacia estadounidense. “Hace pocos años”, dijo, “arrestábamos en El Paso hasta 1.000 inmigrantes ilegales al día; ahora son unos 80, la mayoría mexicanos, pero también hondureños, salvadoreños y hasta polacos que aterrizan en Ciudad Juárez y se vienen para aquí. Y es que hemos cambiado nuestra táctica, ahora mantenemos las posiciones, intentamos impedir que entre nadie, y por eso el flujo se está desplazando a Arizona”.

Nos detuvimos en un punto situado a un par de kilómetros de los puentes internacionales que aíslan y comunican las ciudades mellizas de El Paso y Ciudad Juárez. El río Grande no hacía allí honor a su nombre. Atravesar su medio metro de profundidad y 30 metros de ancho era casi juego de niños. El sol comenzaba a ponerse, coloreando aún más el rostro de Jackson, que se quitó las gafas de sol, me miró con ojos muy cansados y dijo: “Éste es un trabajo duro. Sabemos que nos enfrentamos a pobre gente que sólo quiere ganar aquí el pan de sus familias. Si yo estuviera del otro lado, también intentaría cruzar. Pero la ley es la ley, y la ley dice que Estados Unidos no puede albergar a todos los pobres del mundo”.

El 60% de las casas dispone de un arma. Es el Estados Unidos de la Biblia y el fusil que espanta a los europeos

tado allí en 1998— Mount Carmel, el que fue rancho de la secta apocalíptica de los davidianos. Protagonizando un nuevo Álamo, los davidianos y su líder David Koresh resistieron a mano armada durante 51 días de 1993 el cerco de las fuerzas federales del FBI, que terminaron asaltando el lugar a sangre y fuego, con el resultado de 82 muertos. Mount Carmel volvió a entristecerme e inquietarme: sus calcinadas ruinas constituyen un lugar de peregrinación de esa constelación ultraderechista de sectas, iglesias, milicias y grupos de discusión en Internet que se prepara en Estados Unidos para librar la batalla final de Armagedón.

El pasado de San Antonio también huele a pólvora, y todavía hoy la ciudad vive, además del turismo, de las bases militares de los alrededores. No obstante, en la capital histórica de Tejas predomina el encanto de su pasado es-

un Estados Unidos convertido en potencia imperial.

A lo largo de cientos de kilómetros, el río Grande separa Tejas de los Estados mexicanos de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. Es lo que todo el mundo llama aquí, con una fórmula española, la frontera. En 1598, el vasco Juan de Oñate, que venía de México en busca de las Siete Ciudades de Cibola y la Gran Quivira, encontró un lugar para atravesar sin problemas la corriente de agua, y sin complicarse la vida, lo llamó El Paso del Río del Norte. Con 650.000 habitantes, la mayoría hispanos, El Paso es hoy la cuarta ciudad más grande de Tejas y el incandescente punto de atracción y repulsión entre dos universos tan distintos como Estados Unidos y México. Recorrí la frontera con el jefe de los 325 agentes de la Border Patrol de El Paso, David Jackson, al que sus hombres llamaban *Baba* Jackson. Trabajaba en la patrulla fronteriza des-

Ni siquiera en ese punto tan fácil de cruzar tenían los estadounidenses levantada una muralla china. Aparentemente, el único obstáculo hasta la cercana autopista era una tela metálica de dos metros de altura, sin púas y muy remendada. Pero Jackson señaló enseguida el gran arma estadounidense en su nueva política de mantenimiento de posiciones: las cámaras de televisión y rayos infrarrojos que puntuaban la orilla septentrional del río Grande. Jackson me llevó luego al cuartel general de la Border Patrol, en cuyas celdas intentaban hacerse invisibles media docena de latinoamericanos recién capturados, y me mostró la sala donde se controlaban las 29 cámaras de la zona de El Paso. Ya se había hecho de noche y los infrarrojos revelaban su diabólica eficacia. Funcionarios paráliticos escrutaban pantallas en las que el calor de los cuerpos dibujaba nítidamente las figuras de animales y personas. Aquello eran unas ratas; el bulto de más allá, un coyote, y aquello... sí, aquello era un hombre cruzando el río desde México. Desde la radio, Jackson ordenó que una patrulla motorizada se hiciera cargo del ilegal. >

EL SILENCIO.



La Naturaleza selecciona así, en secreto, los transparentes manantiales del río Spey, para dar vida al mejor whisky puro de Malta.

Bebe con moderación. Es tu responsabilidad.

Regalo del Cielo



autoRACE



COCHE NUEVO AHORRANDO TIEMPO Y DINERO

Tú eliges el coche, el color y los accesorios. El **RACE** se encarga de buscarlo al **mejor precio**, con **total garantía** y una **financiación única**.

www.race.net

LLÁMANOS
Lo hacemos por ti

902 40 45 45

[04] Tejas, el feudo de Bush

Recordé esa noche la visita de días atrás al Johnson Space Center de Houston. El Paso y Houston, dos extremos de Tejas y no sólo geográficos, dos confines bien distintos. Los guías del Space Center, el complejo donde se entrenan los astronautas de la NASA y desde donde se guían sus misiones espaciales, relataban con orgullo que Houston fue la primera palabra pronunciada desde la Luna por un ser humano. "Houston, aquí Tranquility Base. El *Eagle* ha aterrizado", dijo en 1969 Neil Armstrong, el comandante de Apollo XI. Y desde múltiples pantallas aparecía en blanco y negro el presidente Kennedy proclamando en la visita que realizó al Space Center poco antes de su asesinato: "El que fue el más lejano puesto de avanzada de la vieja frontera del Oeste será ahora la más lejana avanzadilla en la nueva frontera de la ciencia y del espacio".

Pero Tejas sigue siendo en El Paso una zona limítrofe como la humanidad lleva conociéndola desde hace milenios. Zona de cruce entre ricos y pobres, de contrabando de drogas y mercancías, de exportación de capitales e importación de trabajadores, zona abigarrada, canalla y violenta. Conocí a Agustín Guerrero en El Tiradero, el mercado popular de El Paso, que no tiene nada de *mall* estadounidense y sí mucho de zoco árabe o latinoamericano. Guerrero, un ilegal que vivía en la colonia de Sparks Addition, el Gaza tejano, había estado el día anterior cosechando chile en una plantación y hoy vendía camisetas en el puesto de un amigo. Podía sacarse 30 dólares al día, una fortuna en el otro lado, en la *buñuelesca* Ciudad Juárez.

Charlamos de esto y aquello y fuimos luego a refrescarnos a la cantina Popos, donde, muy a la mexicana, todos los parroquianos eran varones. Un letrero rezaba: "Aviso de felonía. Cargar armas aquí, con o sin licencia, es una felonía, con una pena mínima de 10 años de cárcel y una multa de hasta 10.000 dólares". Sonaba una canción de Los Tigres del Norte que decía: "Mañana salgo, voy de regreso a nuestro país. Dime qué quieres a tus papás mandarles decir. No les dirás que soy cautivo en esta prisión. Diles que, cuando menos lo piensen, yo voy a ir. Tal vez con esa mentira les resulte más fácil vivir". Guerrero, que andaba por los 30 años, suspiró y dijo: "Las cosas van mal, pero en noviembre mejorarán". Salté de inmediato: "¿En noviembre, por las elecciones?". "No, hombre, por las elecciones no", replicó, mirándome por primera vez a los ojos y con fulgores de risa. "Porque hará mas fresquito". ●